

CONSTANTINO GOMEZ GUTIERREZ

LAS CONFERENCIAS DE S. VICENTE DE PAUL

Y LAS

PRACTICAS DE LA CARIDAD

— PRIMERA EDICIÓN —:— (GRATUÍTA) —



R. 150845

CÓRDOBA :: 1923

IMP. Y PAP. DE PEDRO DE LA PEÑA

CO-C3-13

Córdoba 21 de Junio de 1923.

Nihil obstat,

Ruperto Cuadrado Aranda.

Cordubae 22 Junii 1923.

Imprimatur,

✝ *Adolphus, Episcopus Cordubensis.*

PRÓLOGO

La Fe desplegó sus alas y partió volando en busca de la Caridad, para suplicarle una limosna.

La Caridad, por su parte, desplegó las suyas, y saliendo a su encuentro, la respondió al escucharla:

— ¡No temas, hermana, pronto tendrás el amor de esa limosna que pides!

(*Bodas de oro de Hermanitas de Ancianos desampurados*, pág. 379.)

Pluguiera al cielo que el Señor se digne bendecir este humilde trabajo para que en él encuentren aquellos para quienes lo escribo lo que yo deseo a mayor gloria de Dios y bien de las almas.

Las Conferencias de San Vicente de Paul, tuvieron su origen en la juventud católica bajo la dirección del virtuoso joven Federico Ozanam, de aquel que dijo: «*Hemos de ser fuertes en pensamientos y ricos en sentimientos.*» Por el mes de Mayo de 1833, tuvo lugar la primera reunión de la Conferencia llamada de Caridad, en la ciudad de Lyon (Francia). La formaban ocho jóvenes, de los cuales sólo uno era mayor de veinte años.

Obra es ésta que debe estar integrada por elemento joven, tanto por la mayor actividad, porque es cuando el hombre tiene más en vigor sus facultades, como por ser la época de la vida en que se halla en el caso de aprender, y es incuestionable que en ninguna parte ni en ningún modo se aprende tanto como en el ejercicio de la caridad.

¡La Caridad! He ahí una de las palabras que con más respeto pronuncio. Se me representa la Caridad en una hermosa figura cubierta con un gran manto color celeste semejante al de la Santísima Virgen; tan grande, que debajo de él puede cobijarse la humanidad entera. Me horroriza pensar que haya quien confunda la Caridad con la filantropía, porque así como la Caridad es *grande* y enaltece al que la practica, la filantropía es *ruín* y empequeñece.

Selgas define la filantropía diciendo que es *la moneda falsa de la Caridad*.

Oímos decir a muchos que son caritativos, sin que en su vida hayan pisado el umbral de la casa del pobre, jamás enjugaron una lágrima y menos se han sentado a la cabecera de un enfermo. Tales hombres no son caritativos, son filántropos. Si alguna vez ejercen la Caridad, lo hacen por humanidad, no por amor de Dios; jamás sintieron las emociones propias del que ejerce la Caridad como Cristo nos enseña.

Dice Federico Ozanam: «*Si verdaderamente queréis ser útiles a los pobres y a vosotros mismos, hacedle de vuestra Caridad*

de la Caridad ejercen la Caridad por Dios; las Hermanitas de los Ancianos desamparados, las de los pobres, nuestras hermanas las hijas de S. Vicente de Paul; y veréis cómo al abrir las puertas para ejercer la Caridad en sus asilos y en sus hospitales, *jamás* tratan de averiguar si sus asilados han sido buenos o malos, si honrados o criminales.

Si es preciso entrar en lodazales para ejercer la Caridad, no nos preocupemos de las críticas del mundo; entremos, pero procurando no mancharnos. Tengamos siempre presentes aquellas máximas del Evangelio que Jesús nos enseñó con el ejemplo: «Los enfermos son los que necesitan de médico.»



PUENTE ALMUEY, 16 horas de parada

¿Cuento?

Serían las 6 de la tarde de un día del mes de Julio, por el año 1906, cuando de regreso de Morgobejo de visitar las obras de aquella carretera, en construcción, llegué a la estación de Puente Almuey, donde forzosamente había de pernoctar para al siguiente día ir a Guardo por la línea férrea hullera de La Robla a Valmaseda. Me hospedaba en la única fonda de alguna fama que entonces había por aquellos contornos, llamada del Sargento, porque su dueño, según creo, lo había sido de la Guardia Civil. Presidía por entonces el Congreso de los Diputados Canalejas y había un fuerte revuelo con la famosa Ley de Asociaciones, presentada por Canalejas, Moret, Duque de Almodóvar y Montilla.

Anochecido, y sentados los viajeros en el espacioso comedor, cuyos amplios balcones se hallaban abiertos de par en par, se hablaba acaloradamente de la solución del problema social, se atacaba al clero, a la Iglesia, a todo lo moral, se hablaba de igualdad; en una palabra, se disparataba a diestro y siniestro.

Llamó poderosamente la atención, a los allí concurrentes, cuando yo, que había permanecido en silencio, dije que el problema social estaba resuelto hacía muchos años, que era de muy antiguo.

—Díganos V. cómo —me interrogaron algo burlescamente.

—¿Cómo? Pues muy sencillo, con practicar la Ley del Decálogo, los diez mandamientos de la Ley de Dios.

No hubo un solo mortal de los allí presentes que no me contestara afirmativamente.

—Claro que sí —asintieron todos—; pero eso es muy teórico y si no ¿por qué los curas no lo ponen en práctica?

—¡Siempre a los curas! Sencillamente —dije yo— porque la ley del Decálogo no la dictó Dios para solo los curas, sino para todo el mundo, y como los curas forman una pequeña parte de este mundo, ellos están incluídos en el resto de la humanidad; admito que haya curas malos, y no pondrán ustedes en duda que los hay también buenos, al igual y con gran perjuicio para la nación que

hay Gobiernos que más que malos son peores, sin que por eso no hemos de admitir que haya también buenos Gobiernos.

No fué corta la discusión; pero cuando yo me inspiré más, fué cuando se habló de las prácticas de la caridad cristiana según las Conferencias de San Vicente de Paul, donde les decía que se colocaba a un nivel la sociedad sin necesidad de subir a los de abajo si se bajaban los de arriba; menos política y más caridad le hace falta al pobre, dije. Dueño en absoluto del ignorante auditorio en lo que respecta a la Caridad cristiana y a las Conferencias, me manifestaron deseos de conocer esta magna obra.

—Cuéntenos V. como hacen esos señores—dijo uno de los que más habían aprobado la ley de Asociaciones

— La sociedad de San Vicente de Paul dije yo — entre otras obras tiene como base la práctica de la Caridad. Cuando el hombre se encuentra en la más mísera pobreza, sufre dos afecciones, una moral y otra material. Me explicaré: al carecer de pan para él y su familia, ve un horizonte negro, duda, se acobarda y le abate un sufrimiento espiritual. En aquella situación le es muy triste recibir una limosna con que alimentarse si ésta no va refrigerada con una fortaleza para el espíritu, porque «no sólo de pan vive el hombre». Hay una gran diferencia entre socorrer al desvalido con filantropía a socorrerle con la Caridad; en el primer caso queda satisfecha la necesidad del cuerpo; en el segundo se satisface la del cuerpo y la del alma, cuando a lá vez que le damos el socorro le apretamos cariñosamente la mano y le prodigamos consuelo, demostrándole amor y cariño; pero amor y cariño de corazón, como Dios lo manda cuando dice: «Amaos los unos a los otros.»

Sin que se pueda poner en duda, nada hay que pueda unir a los hombres de todas las clases sociales con el vínculo más fuerte a la vez que más inocente, que es el de la Caridad. San Vicente de Paul la llama la eterna suavidad de los ángeles y de los hombres.

Entiéndase bien; la Caridad es algo, *mucho más*, que dar limosna. San Pablo dice: «La Caridad es paciente y benigna, ni es envidiosa, ni se ensoberbece, ni es ambiciosa, ni piensa mal, se goza en la verdad y no en la iniquidad y todo sobrelleva y todo lo cree y todo lo espera no obra precipitadamente y todo lo soporta». Así, cuando los socios de las Conferencias visitan a los pobres van provistos de dos socorros, uno corporal, que es el bono de pan o de comestibles, al que podemos llamar la llave que abre las puertas de la casa del pobre. y otro espiritual con destino a llevar la tranquilidad a los desgraciados que se hallan desvalidos.

—Sí, pero los pobres son muy ingratos—me dijo interrumpiéndome uno de los contertulios.

—Cierto que hay en los pobres hombres malvados—seguí yo diciendo — que por no haber encontrado en su vida ni interés ni estimación de nadie se hallan por ignorancia arrastrados a la senda del

vicio; hay hombre que no ha visto en la humanidad más que un egoísmo y una indiferencia tal que ni en el seno de la familia ha encontrado amor; ¿qué hacer?... Al no hallar consuelo en nadie capaz es de los mayores desatinos. ¿En qué terreno que no sea en el de la caridadse encontrarán medios para entenderse con él? En caso tal, el pobre es un hombre verdaderamente peligroso, enemigo de Dios, de la sociedad y en el máximo de la desesperación, capaz de infundir miedo al más valiente, *no hay medio de razonar con él*; en tal estado no hay manera de entenderse, el dolor y la rabia le han colocado en un extremo tan desesperado y su corazón está tan exacerbado que sólo con el fuego de la Caridad cristiana se puede manejar.

Sin embargo, en este pobre, tan pobre y tan envilecido, se refleja la imagen de Dios, a cuya semejanza fué creado, y así se debe de considerar y prescindir de todo lo malo, hablémosle con respeto, tratemos con cariño de despojarle del polvo que empaña la brillantez para que fué criado. En tan desgraciado pobre debemos fijar una mirada caritativa.

Dice el sacerdote Mullois: «Hay en la caridad toda una revelación de virtud para aquellos a quienes se ama; ella sabe dulcificar y domarlas naturalezas más rebeldes. Con el auxilio de la Caridad no se debe de dudar de la redención de nadie»

Es cierto que los pobres *están llenos de defectos*, pero no es menos cierto que *nosotros también los tenemos*; luego está en el fiel la balanza. Por la caridad no hay duda que podemos ganar el corazón humano, y ganado el corazón, se ha ganado la plaza. Vayamos en derechura del corazón para apoderarnos de él, puesto que en él manan las voluntades que pueden producir el amor y el odio

Un ejemplo: por el año 1897, perteneciendo a la Conferencia de Sancti-Spíritu, en Salamanca, fuimos avisados para visitar una familia compuesta del matrimonio y tres niñas de corta edad; la mujer había dado a luz la noche anterior, a las once, y no trabajando el marido, carecían en absoluto de recursos. Nos personamos en el domicilio mi compañero y yo, él más joven. La emocionante escena se representaba en una lóbrega habitación que no recibía más luz que la de la puerta de entrada, emplazada en el patio; era por el mes de Febrero; si se cerraba no había luz, mas si se tenía abierta penetraban el aire y el frío. Al entrar del patio, se veía con dificultad en la estancia. Una voz apagada de mujer que salía del ángulo derecho de la pared de enfrente nos dijo que pasáramos; nos dirigimos hacia el sitio y pudimos ver que sobre unos bayones de asientos viejos de sillas, y en el suelo, sin otra cama, yacía la pobre recién parida; en el ángulo izquierdo y frente a la puerta tres andrajosas niñas de corta edad se refugiaban lloriqueando alrededor de unas áscuas.

Explicada por la pobre mujer su afligida situación, tratamos de

prodigarle consuelo y esperanza, mas al llegarla a decir que tuviese confianza en Dios, una voz de hombre nos hizo ver al marido, que sentado en una silla y con los codos en una mesa de pino, se nos habia pasado desapercibido en la lóbrega estancia junto a la pared y a la derecha de la puerta de entrada, el que con despreciativa voz nos dijo que allí no hacía falta ni Dios ni consejos, que lo que faltaba era pan. Yo comprendí que algo más que pan hacía falta; pero por de pronto, dejando el grupo de la parida, me acerqué al de las niñas, y dándoles dos monedas de diez céntimos, les dije: tomad, id y comprar dos bollos, proposición que las pequeñuelas acogieron con regocijo, y nosotros nos libramos del lloriqueo.

—¿Usted a qué se dedica?—pregunté al marido a la vez que le ponía la mano en el hombro.

—¿Yo? A lo que me sale, soy jornalero—me dijo.

—¿Y usted no trabaja?—seguí preguntándole.

—Pues si trabajase no le faltaba pan a mi mujer y a mis hijas.

Mi corazón se ensanchaba, veía el modo de hacer una buena obra.

—¿Quisiera usted trabajar?—le volví a preguntar.

A esta pregunta mi hombre, que había permanecido sentado en actitud poco cortés, como por resorte se levantó, y como quien ve algo de luz en las tinieblas, me contestó afirmativamente. Entonces yo le dije que del trabajo trataríamos después, que por el pronto fuese a mi casa, donde se le daría algún alimento para él y para las niñas, porque desde la noche anterior no había tomado ninguno y que le darían un poco de caldo para su mujer, despidiéndonos; no sin darle mi compañero los bonos del socorro, consistente en lo preciso para un cocido, y prometiéndole que al día siguiente, lunes, hablaríamos del trabajo.

Al efecto, al día siguiente ya le había proporcionado jornal en la construcción del ferrocarril de Plasencia a Astorga, que en aquel tiempo se acababa de inaugurar y aun quedaban algunas brigadas para ultimar algunos detalles. Le impuse la condición de que todas las tardes, al regreso del trabajo, había de entrar en mi casa para decirme lo que hacía la brigada, por estar yo afecto a la inspección técnica de aquella sección. Desde luego lo que menos me interesaba era que me dijese lo que habían hecho, pues lo sabía yo con abundancia de datos; lo que yo pretendía era tener todos los días un cuarto de hora de conversación y consejo.

—¿Qué tal su esposa?—le preguntaba con interés y haciendo caso omiso de lo que él me decía del trabajo.

—Está mejor—me decía,—esta mañana ya fué a lavar.

—Hombre, mucho cuidado con una recaída—le volvía yo a decir,—y así conversábamos, demostrándole el interés que tenía por él, por su mujer y por sus pequeñas, que encargué a un colegio de religiosas. De este modo me fuí haciendo tan amigo de mi

protegido, que llegó un día que si le hubiese mandado rodar, rueda; aquel corazón ya me pertenecía de hecho, mis buenos consejos habían penetrado en él. Cierta día me atreví a decirle: vamos, amigo, que la primera vez que fuí a su casa, bastante descortés estuvo usted conmigo; reconvención que me hizo sufrir cuando, avergonzado y saltándosele las lágrimas, me dijo:

—¿Qué hubiera usted hecho en mi lugar, usted que es tan bondadoso? Desde la noche anterior nadie en mi casa habíamos comido; mi mujer dió a luz a las once, una vecina le dió una taza de leche; las niñas, como usted vió, lloraban, pedían pan, y yo salí a pedir una limosna, con tan poca gracia la debí de pedir, que nadie tuvo compasión de mí; eran las diez de la mañana cuando en tal estado llegué a mi casa, temeroso de encontrar a mi mujer muerta de hambre; yo estaba desesperado, y fué cuando ustedes entraron...

Aquel hombre, que a primera vista parecía un forajido, era un hombre de bien y llegué a conseguir que fuera un buen cristiano y un buen ciudadano.

Esta es la obra de los socios de las Conferencias de San Vicente de Paul, les dije, a la vez que pensaba yo: por esta noche he conseguido dos cosas, evitar una diabólica e injusta conversación y aleccionar a los contertulios que atentamente me escuchaban con las máximas de la caridad cristiana.

Sin embargo, no faltó quien acusando a los pobres me dijo que si lo eran lo eran por culpa suya. Esta acusación, les dije yo, puede ser tan *injusta* como *cruel*, porque después de ser pobres y desgraciados sería injusto verse calumniado. No hay nada tan difícil como apreciar con *exactitud* el grado de culpabilidad de un desgraciado; en este infeliz encontraremos una cosa positiva: *la desgracia*; hay que comprender que es punto menos que imposible con lo imperfectos que son los medios de que disponemos para juzgar o calificar una falta sin perjudicar o favorecer a la persona que la comete. Ya he dicho que hay pobres malvados por no haber encontrado estimación en nadie. Para conocerlo bien, consideremos a dos desgraciados en la tribulación, en el sufrimiento del dolor físico o moral; bien porque la fortuna para los dos haya sido tirana, bien porque sean probados por la Providencia. ESTE, desde su menor edad, fué tratado dura y despreciativamente, sin que nadie mitigase sus penas ni enjugase su llanto, sin haber alguien que despertando su inteligencia la elevase a Dios. En este desgraciado se verifica que *al mismo tiempo que sus amantes facultades se embotan por falta de ejercicio, sus malos instintos adquieren una febril actividad*, principia por odiar a los que le tratan despreciativamente y termina *odiando a todos*; en él ni hay gratitud ni hay compasión; insultará a los que le hagan algún bien, y si le hablan de Dios blasfema.

AQUEL otro siempre fué consolado, y hubo quien compadeciéndose de él le inclinó a sufrir con paciencia y por amor de Dios, su dolor siempre fué mitigado, con lo cual nació en él una gran resignación y paciencia; fija la vista en el cielo, sabe sobrellevar sus sufrimientos; ama infinitamente al que le consuela y *ama a todos*. Estos dos desgraciados, el *uno* hijo del dolor abandonado, se había convertido en un monstruo, a la vez que el dolor compadecido hizo del *otro* un ángel. «El dolor compadecido *purifica*, y abandonado *depraba*», dice el Manual del visitador del pobre.

Claro que el hombre en todas las circunstancias de la vida puede y debe ser bueno, pero la humanidad es débil, fuerte la propensión al mal; pero no hay que olvidar que nuestra responsabilidad es gravísima si pudiendo evitarlo abandonamos al pobre en tales circunstancias que *no puede sin egoísmo salvar su virtud*.

Es muy cierto que entre los pobres hay inocentes como hay culpables, es la pobreza una parte de la sociedad (como dije cuando del clero se trató), no niego que los hay autores de su pobreza, pero otros muchos no lo son. —Séanlo o no lo sean, compadezcámoslos, muy lejos de insultarlos en su desgracia; aprendamos a saber *que es muy fácil ser pobre, que hay muchos caminos que conducen a la pobreza* y que en el libro del porvenir nadie puede leer. No hay por qué ignorar las duras pruebas por las que pasan muchas familias desde el origen de su miserable situación y vemos *las más de las veces* que la fatalidad que les ha perseguido ha sido ajena a su voluntad.

Leemos en el Visitador del pobre: «*En caso de duda favorezcamos, porque la injusticia, siempre mala, es horrible ejercida contra un desvalido*». El dolor, es el gran maestro de la humanidad. ¡Qué lección tan sublime encierra a veces una lágrima que vertemos o que enjugamos!

Es muy fácil hacer comentarios sin tener en cuenta que el dolor depraba cuando no es compadecido. Para juzgar en justicia cuando entremos en la casa del pobre, preguntémonos en vez de escudriñar sus defectos, si en su lugar nosotros nos conduciríamos mejor que él, y allí, a presencia de sus vicios y sus defectos, sigamos preguntando, *¿serían lo que son los pobres si fuéramos nosotros lo que debíamos de ser?*...

El hombre, en general, es vicioso, y en el pobre los vicios son *más groseros* y *más visibles* y sus consecuencias más ostensibles y hasta más fatales, ¿quien enseña al pobre, ni de niño, ni de joven, ni de adulto grandes verdades inspirándole grandes y elevadas ideas?

También se les acusa de embusteros, a lo que contesta Concepción Arenal: «*La mentira del pobre es consecuencia de la dureza del rico*». Podrán engañarnos alguna vez, razón que no es bastante para abandonar la obra, es una quiebra, y así como el co-

merciante no abandona el negocio porque quiebre en un artículo, los socios deben de ser constantes, y si alguna vez somos engañados y nuestros cálculos son fallidos, Dios, que solo mira las intenciones, nos dará la recompensa. San Vicente decía «*Nadie se pierde en el ejercicio de la Caridad*».

Los vicios del pobre, su pereza y su inmoralidad son propios de él, pero su miseria es la miseria de nuestro Redentor, El se la ha tomado sobre sí y se la asimilado. *Jesucristo es quien alarga la mano*, a El es a quien se le da y El es quien nos otorga amplias mercedes por nuestra humildad, y gracias a la misericordia de Dios es mucho más fácil de lo que se cree el ejercicio de la Caridad.

Con bastante frecuencia se oye decir a muchos que aman a los pobres y que se asocian a sus desgracias; no dudo de la certeza ¡también la vanidad ante la miseria puede ser caritativa!, pero lo cierto es que con tan buenos sentimientos huyen de la presencia de los harapos del pobre. *Las sensaciones externas de ver y oír producen la afección interna del pensamiento*.

No sirve impresionarse, es preciso armarse de mucho celo, de mucha dulzura y de mucha Caridad para escuchar al impío; aparentemente hay que oírle con indiferencia todas sus blasfemias, sus obscenidades y aun sus maldiciones; después, con toda calma y toda dulzura, y habiendo sondeado aquel abismo, no pretendamos que sea tan pronto el remedio, porque *el mayor enemigo del bien es la impaciencia de hacerlo, hay que esperar para corregir*. Aparezcamos como un faro ante sus ojos, que vea en nosotros una buena voluntad perseverante y como dice nuestro gran santo que «*nuestra mano hasta donde sea posible esté conforme con nuestro corazón*», siempre no se presentan las circunstancias favorables a nuestros deseos, pero no hay que olvidar que *la cólera del hombre no realiza nunca la voluntad de Dios*.

Hacer el bien, socorrer a los que nos inspiran simpatías, es una satisfacción, pero *la mayor virtud consiste en favorecer a los que nos sean repugnantes*.

¿Que hay pobres muy ingratos? Sí que hay algunos, pero *la ingratitud no es cosa rara en la vida*. Si en vez de decir que el pobre es ingrato dijéramos que *el hombre en general no es muy agradecido*, obraríamos más exactamente; debemos calificarles como si nosotros hubiésemos sido pobres y hubiéramos merecido disculpa.

Y cuando ya no hay calificativo se les tacha de embusteros. ¡Cuántos pretextos para odiar a la pobreza y separarnos de ella! Mala es la cualidad de mentir, pero preciso es reconocer que los ricos no dan el mejor ejemplo.

En ocasiones, los pobres quieren sacar partido con engaños, mas los socios de las Conferencias deben procurar socorrerlos sin dejarse engañar. Socorriamos a una familia compuesta de matri-

monio y cinco hijos, el mayor de 18 años; el socorro consistía en leche para ayudar a criar al más pequeño; en esto quedaron sin trabajo los dos hombres que lo ganaban; el padre y el hijo mayor; ante tal situación propuse que se les socorriese con socorro doble, esto es, sobre el socorro de leche que se les daba aumentarlo con otro de pan y comestible, lo que fué aceptado; transcurrieron unas semanas, al cabo de las cuales conseguí obtenerles colocación; ellos me lo ocultaron; esperé otras tres semanas más aguardando que me lo dijeran para retirarles el doble socorro, sin dar a entender que sabía que les habían dado trabajo, y viendo que nada me decían, al hacer la visita le pregunté a la mujer, de cierta manera, por el marido y el hijo; ella, comprendiendo que yo sabía que los habían colocado, confusa y avergozada me confesó que gracias a mi recomendación habían obtenido trabajo y que me lo había ocultado porque durante el tiempo que habían estado sin trabajar tuvo que empeñar algunas ropas y me enseñó las papeletas, añadiendo que trataba con la ayuda de la Conferencia en algunas semanas de poderlas desempeñar. Ante tal aclaración, y por el solo hecho del mal rato que la infeliz sufrió al descubrirle el engaño, decidí seguir con el doble socorro, que al cabo de otras tres semanas ella misma me dijo que podía suspenderlo porque gracias a Dios tenía todo desempeñado.

Satisfecho quedé de mi obra, pues de no haber sido constante, si me hubiese dejado llevar de la primera impresión tan desagradable cuando descubrí el engaño, nuestra Caridad hubiera sido deficiente.

Hay que reconocer que entre los enemigos que tiene la Caridad los que más daño le hacen son: la inconstancia, la pereza, la hipocresía y la filantropía, en la que se incluyen los demás.

No es una incógnita el saber por qué los pobres son embusteros, iracundos y hasta feroces; *por qué sufren sin entrever el remedio de su mal* ¡ser tan pobres de ideas como de fortuna en medio de una sociedad rodeada de lujo y de placeres!

El flaco por donde falsea la Caridad está en que algunas personas bondadosas, sin querer comprender que los engaños del pobre más bien son disculpas y que sus palabras, las más de las veces, las pronuncian sin comprender el sentido, se van desesperadas y escandalizadas creyendo perdido el tiempo e imposible traer a buen camino a los desgraciados; no tienen en cuenta que S. Pablo fué blasfemo y que S. Pedro negó a Cristo y que no se debe de dudar de la posibilidad de que el blasfemo puede estar más cerca de Dios que lo que se cree. ¡Ah, si estuviéramos en el lugar del pobre! ¡si viviéramos su vida por algún tiempo y estuviéramos envueltos en la corrompida atmósfera que les rodea! ¿nos atreveríamos a ser mejores que ellos? ¡cuántas veces una pequeña contrariedad, un pequeño disgustillo nos hace perder la paciencia y nos

coloca al borde de la desesperación! Mejor que perder la paciencia con los pobres, después de escucharles debemos de exclamar en el fondo de nuestro corazón: «Perdonadles, Señor, que no saben lo que dicen.» No es nuevo saber que hay personas que no saben desahogarse sino arrojando toda la bilis y veneno que ocultan, y cuando se han desahogado ellas mismas conocen que se han excedido, y por lo general procuran reparar su falta y. . . entonces es cuando más cabida tienen los buenos consejos.

Si los pobres son mal inclinados, no querramos hacerles ver que se les juzga mal; por el contrario, hay que tratarlos tal como nosotros quisiéramos que fuesen, hasta esperar la ocasión de que hablándoles cariñosamente de sus embustes y de su mal humor, reprobándoles la mentira y la ira se halle consuelo en sus virtudes.

Hasta aquí hemos considerado al pobre en sana salud, que si lo consideramos cuando se halle enfermo, ¿quién ignora lo que es una enfermedad? Si habiendo muchas comodidades se hace bastante penosa, embarazosa y mala de llevar, ¿qué ha de suceder si habiendo carencia de todo, ni la Caridad ni nuestro corazón fueran todo lo compasivo que debe de ser con los pobres enfermos? Porque si en sana salud es mala de sobrellevar la pobreza, cuando se ve enfermo sin un alma caritativa que le consuele, entonces su situación es desesperada. ¡Aquella familia que vivía del jornal que ahora tiene que carecer!..

Contemplemos el lastimoso cuadro que se presenta ¡una mujer rodeada de sus hijos, sin recursos y el marido enfermo! ¡qué calamidad! ¿quién allí sufre más? El enfermo que se ve imposibilitado de remediar la falta y agotadas sus fuerzas o la víctima que le rodea?

Allí llega la Caridad cristiana, allí vuelan a la cabecera de ese enfermo los socios de las Conferencias, y por amor a Dios no dejan a sus semejantes solos luchar con la enfermedad, y llegan junto a él como el ángel libertador infundiendo valor en las abatidas almas de aquel cuadro, y a la vez que el socorro corporal llevan el espiritual y llevan los auxilios de la Religión, para que con estos consuelos no les suceda que después de tanto sufrir no sea el comienzo de los padecimientos eternos, procurando que si el enfermo llega a morir no le falte el consuelo espiritual de los Sacramentos; por lo que siempre se ven pagados con las bendiciones de la familia por el bien que le hicieron tanto al cuerpo como al alma.

La pobreza, harto difícil de llevar, en dos casos es horrible: cuando va acompañada de enfermedades o en la ancianidad; entonces se hace tan insoportable que hay que redoblar el valor de la Caridad y es cuando hay que luchar con lo peor de la miseria.

Leemos en «Las bodas de oro de Hermanitas de ancianos desamparados». «Dice un pensador: La enfermedad de la dicha es

mortal para la Caridad; y así los que nunca conocieron la honda tristeza que es sufrir sin tener quien nos brinde una palabra no más de consuelo, los que al nacer ya encontraron en la cuna toda suerte de provisiones para entregarse a la vida sin angustias ni lágrimas; apenas saben de la dulce emoción de gratitud»..

«Pero los que como los pobres desamparados aprendieron, por amarguísimas experiencias, la pena horrible de llorar solos, de verse sin pan y sin casa, tienen para quien los ampara un intenso y perdurable recuerdo en lo más hondo del agradecido corazón»..

«La educación, por lo común áspera y defectuosa del pobre, que tiene sin dominar aún sus mañas de niño, sus ilusiones de joven y sus resabios de hombre maduro; los celos con que su corazón desengañado recibe a veces hasta los más señalados favores que se le dispensan; su falta habitual de aseo, la multitud incontable de llagas purulentas y nauseabundas, en ocasiones, de su cuerpo maltratado por la vida, son cosas todas que necesitan una gran dosis de fe para poder sobrellevarlas.»

La Caridad tiene un gran poder cuando se ejerce por amor de Dios. La experiencia ha demostrado que las Conferencias de San Vicente de Paul es obra de la Providencia. Cuantas veces la colecta y las suscripciones no alcanzan a los gastos de los socorros y se avecina un déficit, entonces allí está la mano de San Vicente de Paul, allí acude Dios.

De los muchos casos que podría citar, referiré el que sucedió perteneciendo a la Conferencia del Sagrado Corazón en Zaragoza por el año 1915.

El tesorero nos anunció que era preciso dar de baja a algunas familias por iniciarse un déficit; se acordó que cada pareja diera de baja a una familia.

Entre las que visitábamos la pareja mía, había una compuesta del matrimonio, ancianos, y dos hijas de 15 y de 16 años; observaban una conducta intachable, el padre estaba imposibilitado y por sus cualidades cristianas eran apreciados por todos los socios que le habían visitado. Al mismo tiempo visitábamos otra que era el reverso; la formaban el matrimonio y tres hijas mayores; él, aunque poco por estar enfermo, ganaba algo a escribir copias, y la mujer y las hijas cosían en blanco; el padre, sacrificando a la familia, frecuentaba la taberna y sus ideas eran bastante avanzadas. Llamó la atención de mis consocios cuando yo propuse la baja de los primeros, a quienes todos apreciábamos y quedaba a aquella otra familia que no gozaba de los mejores antecedentes. Yo, ante la protesta, pregunté si era preferido el cocorro *corporal* a los primeros, abandonando la obra *espiritual* comenzada en la segunda familia, obra de regeneración que no creía procedente abandonar; ante tales razones, se acordó la baja a la primera familia. Mas aquí la mano de Dios que no nos abandona nunca y en esta ocasión

quiso premiarnos. A tal tiempo entra uno de los socios y excusa su tardanza diciendo que en el camino le había detenido un amigo para entregarle un donativo de cien pesetas; ¿cuál sería nuestra sorpresa y con cuanto agrado acogeríamos el no tener necesidad de dar de baja a ninguna familia?

No quedaré sin decir a mis lectores que aquel que tenía ideas tan avanzadas y que tanto le gustaba el vino, conseguí, colocándolo en una portería de persona influyente y muy cristiana, que llegara a cambiar de ideas y ser un hombre metódico y amante de su familia, gracias a la intervención de los dueños de la casa, por lo que su familia estaba muy agradecida a la Conferencia de San Vicente de Paul.

Cuando se llevan algunos años visitando a los pobres y hemos dado algunos pasos de provecho, si hemos conseguido mejorarlos y hacerles más llevadera su desgracia o mejor si les hemos sacado de ella, consiguiendo colocarlos, es cuando experimentamos satisfacción, sintiéndonos satisfechos por haber podido hacer la felicidad de estos desgraciados y terminamos por dar gracias a Dios.

¡Ah! si los pícaros supieran lo que vale ser hombre de bien, serían hombres de bien por picardía.

A. M. D. G.





